

El Renacimiento produjo tres paradojas: fue un movimiento individualista que condujo a la masificación; fue un movimiento naturalista que terminó en la máquina; y, en fin, fue un humanismo que desembocó en la deshumanización (16).

Un proceso promovido por dos fuerzas telúricas: la convención de pacto del Estado (la razón) y la economía financiera (el dinero).

Con su ayuda, el hombre conquistó el poder secular, pero (y ahí está la raíz de esa triple paradoja) la conquista se hizo a costa de la abstracción: desde la palanca hasta el logaritmo, desde el lingote de oro hasta el *clearing*, la historia del creciente dominio sobre el universo ha sido la historia de sucesivas y cada vez más vastas abstracciones. La economía moderna y la ciencia positiva son las dos caras de una misma realidad desposeída de atributos concretos, de una fantasmagoría matemática de la que también, y esto es lo más terrible, forma parte el hombre; pero no el hombre concreto, sino el hombre-masa, ese extraño ser que aún mantiene su aspecto humano pero que en rigor es el engraje de una gigantesca maquinaria anónima (17).

La secularización del hombre acarrea la violación de la naturaleza y la transformación de la misma: él no acepta el secreto y propugna ostentosamente una filosofía de lo evidente, de lo manifiesto. La abstracción se alía con la reductividad, se convierte en una lucha contra la complejidad y la ambigüedad: el *animal instrumentificum* rechaza las ficciones, las alegorías de la realidad para asemejarla a un laboratorio. El principio de la construcción en serie para el hombre-masa supone necesariamente la adhesión al anonimato: el mismo hombre es un experimento que se puede programar y realizar a través del empleo de idóneas técnicas operativas. A Dios se le considera una congestión de factores que se pueden individuar y diferenciar como todos los demás componentes orgánicos de la naturaleza. El hombre ya no piensa en la eternidad y encuentra consuelo en la desesperante realidad efectiva: las mismas contradicciones faltan de sentido y no suscitan inquietudes ni recelos. La actitud fabril modela la vista, el oído, el olfato del hombre.

Piero della Francesca, inventor de la geometría descriptiva, introduce la perspectiva en la pintura. Así también aparece la proporción. El intercambio comercial con el Oriente facilita el retorno de las ideas pitagóricas, y el misticismo numerológico celebra un matrimonio de conveniencia con el de los florines. Nada muestra mejor el espíritu de aquel tiempo que la obra de Luca Pa-

---

(16) *Ibidem*, p. 55.

(17) *Ivi*.

cioli, donde encontramos desde consideraciones místicas sobre las proporciones del cuerpo humano hasta las leyes de la contabilidad por partida doble (18).

Pero es la emoción la que no se consigue aprehender en un sistema formal y cuantitativo: se sustrae a la instrumentación utilizada para reducir el desorden del Universo en el ordenamiento conjeturado como funcional para las necesidades primarias del hombre.

Paradójicamente, la ciencia—inspirada en cánones racionalistas—tiende a satisfacer las necesidades primarias del hombre; y el arte—animado por la emoción— a satisfacer sus necesidades secundarias (aunque, al manifestarse como expresiones de la condición vital de los seres, sean éstas últimas las que preceden las primeras). El número, que nace en el clima misteriosófico de los pitagóricos casi expresando las infinitas posibilidades que las sugerencias emotivas delinean en el estado de *trance* o de abandono onírico, se convierte en un elemento de la señalización universal: sirve para connotar las sucesiones y las apropiaciones.

Los medios se transforman en fines. El reloj, que surgió para ayudar a este hombre moderno, se convierte en un instrumento para torturarlo. Antes, cuando se sentía hambre, se lo consultaba para ver qué hora era; ahora se lo consulta para saber si se tiene hambre (19).

La comprensión para la naturaleza se substituye por el hombre-masa por la admiración o por el fetichismo para los datos (los resultados) de la ciencia y de la técnica: el irracionalismo moderno sufre las consecuencias de una expectativa desengañada (el resultado de la actividad del conocer) y del rechazo del principio de la realidad, ya que es impropio a nivel de pura y simple defensa de la *couche vitale*.

Y mientras más imponente es la torre del conocimiento y más temible el poder allí guardado, más insignificante va siendo ese hombrecito de la calle, más incierta su soledad, más oscuro su destino en la gran civilización tecnolátrica (20).

En una naturaleza considerada fuente de energía necesaria para producir objetos, el Superestado (el *Leviatán*) que actúa con extrema abstracción entre distintas (pero no necesariamente) opuestas emociones, confía en lo intercambiable de los sujetos, en el artificio (mental y material) con el que se pueden calcular y evaluar:

(18) *Ibidem*, pp. 57-58.

(19) *Ibidem*, p. 62.

(20) *Ibidem*, p. 63.